

## LA VOZ FEMENINA

La voz de mi mujer es música celestial para mis oídos. Es lo que más amo de ella, en especial cuando en voz baja me dice al oído que me ama, que yo soy para ella lo que siempre ha soñado, al que defenderá hasta perder la vida si es amenazado por un enemigo. Por supuesto que sabe que soy capitán del ejército, y cómo no va a saberlo si es mi esposa. Ayer, sin ir más lejos, me contó su paseo por Chapultepec, su visita al museo Tamayo, la comida que hizo en un Vips cercano donde tomó sopa de tortilla, unas puntas de filete en salsa verde y de postre el pie de limón que tanto nos gusta. Por la tarde fue a Liverpool ya que estaba en barata y quería comprarse un negligé que quería estrenar el día de nuestro aniversario de boda. Nada de eso era importante pero sonaba, repito, como música celestial. El aniversario no es una fecha común y corriente, no señor, ese día vamos a cumplir veinticinco años de casados, veinticinco años de dicha ininterrumpida por nada ni por nadie. Yo, lo confieso, la amo aún más que cuando nos casamos y ella, pienso, también me quiere más. ¿Qué cómo es la música celestial que escucho cuando ella me habla? Difícil contestar a esta pregunta. Cuando oigo su voz escucho campanas, campanas pequeñas, como de plata; violines, algunas notas de piano, el sonido de una flauta y algún tambor que produce notas acompasadas como de un latido cardíaco, que es el mío que late por ella. Qué bella es todavía. Su cabello que tanto cuida le llega a la cintura, sus ojos almendrados brillan al mirarme, su boca invita a besar sus labios y a pedirle que con ellos me toque los párpados, mis mejillas, mis propios labios. El cuello de tan espigado permite que se coloquen en él bellos collares de perlas, de rubíes, de

zafiros. Sus pechos que tanto le crecieron cuando amamantó a nuestros tres hijos ahora son perfectos. Todavía se conservan duros y erguidos. Su cadera es una gloria y sus piernas dos columnas para sostenerme a mí y a toda la familia. Qué suerte tuve en la vida al conocerla, al cortejarla, al casarme con ella. Hay seres que tienen suerte y otros que no. Yo soy de los que la tienen buena. Para los que no me conocen les diré que para pensar en ella siempre cierro los ojos, ahora así los tengo, y eso para que nada me distraiga de su figura, de su cara, de su sonrisa, de la música celestial que me transmite a todo mi ser.

¡ Idiota, ya te vas a levantar o quieres que yo te levante! Eres un hüevón hecho y derecho, pero ni creas que te voy a seguir aguantando. Me voy a largar con mis padres el día menos pensado si no es que es hoy mismo. Tú todo el día duerme y duerme y yo fregándome el lomo!

La mujer que me gritaba todo eso no es la de mis sueños. ¿Por qué tengo que despertar y ver a esta bruja con sus pelos parados, sus cachetes redondos, sus pechos que casi le llegan a las rodillas, sus nalgas bofas? ¿Por qué no puedo seguir escuchando la música celestial? ¡Ay de mí, qué desgraciado soy!

Tomás Urtusástegui

Enero 2006